



## BOTICA ZARRA

Por Shanti de OARSO

Este año hace, precisamente, setenta y cinco que mi abuelo vino de farmacéutico a Rentería. La botica del pueblo, entonces la única, se la compró a un tal Rueda, que la tenía en la calle del Medio. No creo que queden muchos renterianos que recuerden aquella botica ni al boticario, pues mi abuelo la trasladó en seguida a la calle Viteri, sufriendo desde entonces algunos desplazamientos, pero todos ellos cercanos.

Del Rentería de aquellos años—finales de siglo—se ha dicho todo y no se ha dicho nada. Son los años claves

en que de rural pasa a ser un pueblo industrial, con todas las consecuencias. Hay quien lamenta que no haya existido, en semejante circunstancia capital, otro Gamón que historiara el salto. Salto, por otro lado, que debieron darlo con gusto y al que cogieron afición los renterianos. Yo me imagino a aquel Rentería como a un pueblo con ya tres o cuatro chimeneas rojas de ladrillo. De aquellas señoras chimeneas que en nuestra infancia vimos escorarse, rajarse y derribarlas. De aquellas chimeneas de las que se olvidó papá Freud a la hora de buscar simbolismos fáciles. Y junto a las chimeneas, árboles. Sobre todo plátanos, los tan añorados plátanos de la antigua Alameda y de la plaza de los Fueros, hoy convertida en bodrio injustificable. Después un tren, un importante tren desde cuyas estaciones se despachaban billetes hasta para Bayona. Y junto a todo esto —respirando la carbonilla y disfrutando de atardeceres a la sombra de cualquier guindo— cuatro, diez, cincuenta extranjeros que fueron llegando a Rentería, Dios sabe por qué circunstancias. Checos, húngaros, alemanes, franceses, belgas, austriacos. Comerciantes, relojeros, fotógrafos, hombres de empresa, mecánicos, galleteros, cocineros. El nombre de algunos se ha amalgamado ya con la pequeña historia del pueblo. El de otros, sólo sale a relucir en alguna sobremesa nostálgica de las viejas familias renterianas. Algún día—ese día en que se realicen las mil cosas eternamente aplazadas—debería hacerse el censo de todos ellos y ver el poso que dejaron en un pueblo aún permeable.

Las farmacias de entonces también eran distintas. Por de pronto, tenían el mostrador pequeño y la rebotica amplia. El enfermo iba a por *su* medicina, precisamente formulada para *él* por el médico y preparada—según arte—por el boticario para *su* mal. Los efectos psicológicos de tal tipo de medicación tuvieron que contrarrestar forzosamente los defectos de una medicina aún empírica en gran parte. El enfermo, mientras esperaba a que se le preparara la receta, se enfrentaba a estanterías repletas de botes y frascos con nombres maravillosos, exóticos, ultramarinos, eufónicos: Raíz de jalapa, de Colombo, de ruibarbo; extractos de cáñamo indiano, de cáscara sagrada, de nuez vómica, de Saturno, de condurango, de helecho macho, de hamamelis; hojas de jaborandi, de laurel crezo, de melisa, de coca; jarabe de acónito, de adormidera, de polígala, de yemas de pino; polvo de cantáridas, de cardo santo, de cilantro, de cuasia, de mirra; sal catártica, de Glaubero, de higuera, de Marte; tintura de cúrcuma, de benjuí, de ancusa, de ipecacuana,

de digital, de valeriana; esencia de lavándula, de clavo, de niauli, de saasafrás...

Solía decirse que el boticario debiera ser cojo, para que no se separara ni de la rebotica ni de la farmacopea—su biblia—las veinticuatro horas que entonces duraba su jornada de trabajo. Trabajo en el que le ayudaban los mancebos—curiosa palabra sin femenino decente—, de gran predicamento, por lo general, entre los caseros. Todavía se recuerda la anécdota de aquel al que se le mandó preparar pomada mercurial—la más pesada de hacer—diciéndosele que le diera al mortero hasta que oliera a ajos, para indicarle que debería mezclarla durante mucho tiempo. A media tarde, cansado ya, gritó entusiasmado: «¡Don Zacarías, que ya huele, que ya huele!». «Bueno, pues ahora dale en el otro sentido, hasta que deje de oler».

La purga—con el aceite de hígado de bacalao, de tan grata memoria en todos—fue la reina de la medicación de entonces. Quizá así comenzó la automedicación en esta era tecnológica, pues se purgaba para todo sin consultar a nadie. Para describirnos aquellos años, un catedrático solía contarnos que los sábados se bañaba y se purgaba a todos los crios por sistema.

La rebotica era otra institución. Reboticas en las que las horas pasaban largas y apacibles, siempre de gran atractivo para médicos y curas. Reboticas en las que se han hecho y deshecho mundos sin ninguna semejanza con el original. La de mi abuelo me la imagino con la música de los primeros gramófonos y secretos licores en los que se ponía la honrilla, en invierno. De cerveza en jarra y abanicados veraneantes madrileños, en verano.

Todo aquello se ha ido perdiendo. Ya no hay que matar las horas, pues no hay tiempo para charlar en tertulia. Y si lo hubiera, tampoco sabríamos ya hacerlo. Por otro lado, con la aparición de los primeros sueros, la farmacia dio el gran cambio. Después vendrían los salvarsanes, las sulfamidas, los antibióticos, es decir, la industria. Precisamente ahora—casual casualidad ésta de los aniversarios—hace también veinticinco años que se puso la primera inyección de penicilina en Rentería. En otro orden de cosas, se crearon los seguros de enfermedad y desaparecieron las igualas, tanto de médicos como de farmacéuticos.

Mi abuelo fue el único boticario de Rentería durante muchos años. Al llegar otros al pueblo, a su farmacia se empezó a llamarla «botica zarra». Hoy, después de setenta y cinco años, todavía lo siguen haciendo algunos.